

Algunas interpelaciones éticas del profeta Oseas a la realidad actual*

Some ethical interpellations of the prophet oseas to the current reality

Recibido: 13-03-2019 Aprobado: 10-04-2019

Carlos José García García**
Fundación Universitaria San Alfonso-Colombia

Resumen

Las grandes religiones de la antigüedad tuvieron hombres inspirados, ellos afirmaban hablar en nombre de su dios. Los profetas no son fenómenos del pasado sino voces cuyo eco siguen en nuestro tiempo. Desde lo bíblico, el profeta recibe el nombre en hebreo "nabí"; el llamado, o el que anuncia. El profeta es un mensajero y un intérprete de la palabra divina. El mensaje divino llega al profeta de muchas maneras: en visión, por audición, o en su mayoría por inspiración interior. Fuera de algunos casos aislados, el mensaje profético se dirige no a un individuo, sino a todo el pueblo, al que se es enviado. El profeta está seguro de hablar en nombre de Dios, al igual, el profeta es un hombre poseedor de una experiencia inmediata de Dios. Él ha recibido la revelación de su santidad y de sus deseos, para juzgar el presente y ve el futuro a la luz de Dios. El objetivo al ser enviado por Dios es para recordar a los

hombres sus exigencias y llevarlos por la senda de la obediencia y del amor.

Palabras clave: Dios; profeta; Oseas; justicia; injusticia.

Abstract

The great religions of antiquity had inspired men, they claimed to speak in the name of their god. Prophets are not phenomena of the past but voices whose echo continue in our time. From the biblical point of view, the prophet receives the name in Hebrew "nabí"; the call, or the one who announces. The prophet is a messenger and an interpreter of the divine word. The divine message reaches the prophet in many ways: in vision, by hearing, or mostly by inner inspiration. Outside of some isolated cases, the prophetic message is addressed not to an individual, but to the entire people, to whom it is sent. The prophet is sure to speak in God's name, just as the

* Para citar este artículo: García García Carlos José. Algunas interpelaciones éticas del profeta Oseas a la realidad actual. *Universitas Alphoniana* 36(2019):193-206.

** Profesor de la Fundación Universitaria San Alfonso.

prophet is a man who possesses an immediate experience of God. He has received the revelation of his holiness and his desires, to judge the present and see the future in the light of God. The objective to be sent by God

is to remind men of their demands and take them on the path of obedience and love.

Key words: God; prophet; Hosea; Justice; injustice.

Introducción

Las grandes religiones de la antigüedad tuvieron hombres inspirados, ellos afirmaban hablar en nombre de su dios. Los profetas no son fenómenos del pasado sino voces cuyo eco siguen en nuestro tiempo. Desde lo bíblico, el profeta recibe el nombre en hebreo “*nabí*”, el llamado, o el que anuncia. El profeta es un mensajero y un intérprete de la palabra divina. El mensaje divino llega al profeta de muchas maneras: en visión, por audición, o en su mayoría por inspiración interior. Fuera de algunos casos aislados, el mensaje profético se dirige no a un individuo, sino a todo el pueblo, al que se es enviado. El profeta está seguro de hablar en nombre de Dios, al igual, el profeta es un hombre poseedor de una experiencia inmediata de Dios. Él ha recibido la revelación de su santidad y de sus deseos, para juzgar el presente y ve el futuro a la luz de Dios. El objetivo al ser enviado por Dios es para recordar a los hombres sus exigencias y llevarlos por la senda de la obediencia y del amor.

Por otra parte, a nivel general, es evidente que el fenómeno profético no es monopolio de algunas razas y pueblos, dentro del mundo religioso. En este sentido a cualquier nivel religioso ha podido ser alcanzado. El profeta, no es ningún desconocido en el mundo humano que habita las riveras del mediterráneo o las estepas austeras de Asia Menor. Todo lo contrario, resulta un elemento corriente de la vida cotidiana.

El profetismo no puede ser patrimonio exclusivo de Israel, este pueblo nunca tuvo ni creyó tener su monopolio, aunque al vivirlo le dio su tinte particular. La originalidad poderosa del anunciar-denunciar bíblicamente no suprime un hecho: el profeta era conocido y su carisma utilizado por la casi totalidad de los pueblos en medio de los que vivía Israel. En esta línea, para Louis Monloubou (1991), el profeta era conocido en «Egipto, pero también Mesopotamia y, sobre todo, Fenicia, sin olvidar los pequeños pueblos limítrofes de Palestina, tenían sus profetas y todos sus conciudadanos abrigan plena confianza en los dones sobrehumanos de esos personajes misteriosos» (p. 97).

Los profetas veterotestamentarios, ponían en tela de juicio la vanidad del hombre con el poder, insistieron no sólo en la inmoralidad sino también en la futilidad y en el absurdo de la guerra. Algunos lectores podrán insinuar que su mensaje solo

tuvo vigencia en el tiempo que fue anunciado. No obstante, muchas realidades individuales y colectivas vividas hace siglos aún continúan en nuestro tiempo, como son las injusticias, la pobreza, la corrupción y la violencia, aspectos que serán tratados en el presente escrito poniendo la realidad en diálogo con la experiencia del profeta Oseas.

Ahora bien, frente a esta postura, ¿Por qué poner a dialogar lo bíblico con lo ético? Como señala la Pontificia Comisión Bíblica (2008) el hecho de que la teología moral se acerque a la Biblia con la intención de encontrar en ella, o mejor, de elaborar a partir de ella, normas de acción, no significa que estas normas constituyan el fin último de su labor. Es decir, las reflexiones bíblicas tienen una vigencia y una lectura hermenéutica en la actualidad. Teniendo como horizonte este presupuesto, el presente artículo quiere hacer una lectura ética y contextualizada de la profecía de Oseas y sus interpelaciones a la vida personal y colectiva de hoy.

Nombre y vida del profeta

Del profeta se conoce muy poco, se puede considerar como el más extraño de todos los profetas de la sagrada escritura. Pocos conocen su historia, pero Buck (1991) hace una descripción del profeta:

«Oseas, *עֹשֵׂה*, forma abreviada de *עֹשֵׂה־יְהוָה* –Yahvé salva– era hijo de cierto Beerí, por lo demás desconocido. El nombre del profeta coincide con el último rey de Israel (2 Re 17,1) es idéntico al nombre original de Josué, el sucesor de Moisés (Núm 13,16). Se ignora el lugar y la fecha de su nacimiento. Aunque ocupa el primer lugar de los profetas menores, cronológicamente es posterior a Amós y, en parte, contemporáneo de Isaías» (p. 95).

Según Álvarez Valdez (2001) Oseas era un israelita nacido en una ciudad norteña del país a comienzos del siglo VIII a.C. Aunque se desconoce su profesión y su estrato socio-económico, la riqueza de sus sermones permite dar por hecho a un hombre culto. (1,2). Ciertamente fue un hombre instruido para seguir y juzgar la política de su país, tanto al interior como la exterior y para formar un juicio sobre el curso que siguió la historia nacional desde el principio (Buck, 1991).

Dentro de los estudios hechos en torno a la característica del profeta se dice: por naturaleza, un alma sensitiva, ardiente y apasionada. Y no cabe duda de que su experiencia familiar ejerció en él una influencia profunda. Por eso fue llevado a concebir las pasiones de Yahvé con Israel como un vínculo matrimonial.

Respecto a su vida íntima, Sicre (1998), señala que tuvo por esposa a Gómer, de este matrimonio nacieron tres hijos: dos niños y una niña, les puso nombres simbólicos: *yesrael*, יֵזְרַעֵאל, dios siembra; *lo ruhamá*, לֹא־רַחֲמָה, incompadecida; *lo ammí*, לֹא־עַמִּי, no pueblo mío.

Oseas fue llamado al ministerio profético durante el reinado de Jeroboam, rey de Israel (786-746). El profeta debió de comenzar su ministerio al menos unos años antes del 746, porque su primer oráculo (1,4) anuncia la caída de la dinastía de Jehú (786-785), con el asesinato de Zacarías, hijo y sucesor de Jeroboam. Las palabras de Oseas suponen una situación económica floreciente (cf. 2,10-11; 10,1; 12,9). Pero con el bienestar conseguido, sobre todo en tiempo de Jeroboam, las costumbres se relajaron y el culto a Yahvé se perdió todavía más, sufriendo infiltraciones idolátricas (Sicre, 2011, p. 203).

Oseas entendió, sin duda, el amor de Dios mejor que cualquier otro anterior a él. La historia le enseñó la noción de un Dios bondadoso (cf. 9,10; 12,10-11; 3,4-5). Por otra parte, los desgraciados episodios de su vida de casado debieron de contribuir a ello. No tenemos más que examinar sus profecías para ver su uso del vocabulario muy especial, toda una serie de expresiones tomadas del lenguaje amoroso de su propia experiencia. Yahvé muestra la ternura de un esposo cariñoso (2,16-18) y todo el enojo de un amante defraudado (2,4-7). Ruega, se queja, exhorta, amenaza, castiga, se aparta para despertar nuevos deseos (3,4-5) (Acuña, 2016, p. 94).

Aproximación exegética

Obedeciendo la voz del Señor, el joven fue y se casó con Gómer, la hija de Dibláyim, de quien terminó enamorándose. Tres hijos nacieron de este matrimonio, dos varones y una mujer. Al mayor lo llamó Yesrael; a la segunda, Lo ruhamá; y al tercero, Lo ammí (1,3-9). Así pues, el matrimonio de Oseas fue por mandato de Dios, que comienza con una orden desconcertante: «anda, toma una mujer prostituta y ten hijos bastardos». Incluso en épocas tan liberales como la de hoy en día resultan chocantes estas palabras en boca de Dios (Sicre, 1998, p. 274).

La pregunta que surge es ¿será cierto que Dios manda a Oseas a casarse con una mujer prostituta? Esto ha sido para muchos biblistas tema de discusión, pero para otros, se trata de una historia verídica, es decir, realmente Dios habría ordenado a Oseas casarse con una prostituta y tener hijos con ella. La razón se debería a que, al ser la mujer de Oseas una meretriz, seguiría frecuentando noche tras noche a otros hombres; de esta manera Oseas, en su dolor de esposo engañado, descubriría lo que Dios estaba sintiendo cuando el pueblo se iba detrás de otros dioses y lo abandonaba a él (1,2).

Para Sicre (1984), afirma: «Gomer no era una prostituta, pero fue infiel a su marido y lo abandonó» (p. 171). Ésta trágica experiencia matrimonial le sirvió a Oseas para comprender y expresar las relaciones entre Dios y su pueblo. Dios es el marido, Israel la esposa. Ésta ha sido infiel para irse con otro (Baal) o con otros (Asiria y Egipto). Por eso, cuando habla los pecados del pueblo los califica de adulterio, fornicación, prostitución; y cuando habla del amor de Dios lo concibe como un amor apasionado de esposo, pero de un esposo capaz de perdonarlo todo y de volver a comenzar.

Si se sigue profundizando en el libro se va descubriendo que Oseas tuvo serios problemas con su esposa Gómer, ya que ella no abandonó del todo sus hábitos anteriores. Por eso para el profeta, comenzó un silencioso calvario, al ver a su mujer escaparse por las noches para verse con sus antiguos amantes. Pero un día no soportó más, y luego de un juicio de divorcio la expulsó de la casa (2,4-10) (Álvarez Valdés, 2001, p. 45).

Para Schökel y Sicre (1987) algo curioso y paradójico es que en el capítulo tercero depara una nueva sorpresa, un nuevo episodio. Dios vuelve a hablar a Oseas: «Vete otra vez, ama a una mujer amante de otro y adúltera» (3,1). Así pues, obediente, busca a esa mujer innominada y la compra por quince pesos de plata y fanega y media de cebada. Luego la obliga a un celibato forzoso; no tendrá relaciones ni siquiera con su nuevo marido.

Oseas viendo lo inútil de repudiar a su mujer, decide conquistarla nuevamente, perdonarla y traerla de regreso a casa, aun cuando ella no le hubiera pedido disculpas (2,16-17). El perdón entonces se vuelve imposible. La Ley de Moisés lo prohibía. La única solución que le quedaba al profeta era infringir la Ley. Tanto era su amor, que no duda un instante en hacerlo.

Esta experiencia romántica y dolorosa permitió al profeta descubrir otra realidad: Dios amaba a su pueblo. Y como un marido engañado, también sufría cuando éste se iba tras los dioses cananeos. Seguramente Oseas se preguntaría: si yo amo así a una mujer, ¿Dios no sería capaz de amar así a su pueblo? Aunque el pueblo merezca ser abandonado por Dios por su infidelidad, ¿no podría Dios pasar por encima de sus propias leyes, volver a admitirlo como pueblo, y amarlo de nuevo, como él hizo con su esposa? Fue su descubrimiento revolucionario: Dios no es simplemente severo y justiciero, es más que eso, es amor. Continuada ampliamente por la predicación profética posterior y desarrollada ampliamente en los textos neotestamentarios.

Mensaje ético del profeta

No se debe olvidar que, Oseas expone su propuesta ética a partir de su experiencia personal, profundamente enamorado de una mujer que le es infiel y posteriormente perdonada. Esto es comparado por el profeta en las actitudes de Yahvé, quien quiere a Israel con un amor apasionado, y le duele, por consiguiente, que su pueblo le abandone para irse tras dioses ajenos. Yahvé siente por su pueblo un amor tan real y personal, que se puede entender desde una profunda experiencia humana. Tanto, que en el texto se confunden las palabras del profeta y las de su Dios.

Además, en hebreo la palabra pueblo es femenina, lo cual facilita la comparación. El Dios de Oseas siente por su pueblo (su "esposa") un amor real y personal, como esposo enamorado, fiel hasta el extremo, pero herido por el olvido de su amada: «De mí, la ingrata se olvidaba» (2,15). «El cariño que me tienen es como una nube matinal, como el rocío que dura algunas horas» (6,4). A pesar de todo, él mantiene constantemente la esperanza de poder comenzar su idilio de nuevo.

Su primer deseo sería aniquilar o abandonar a la amada (9,15), pero no es capaz; quiere castigar, pero se le conmueven las entrañas (11,8). Le castiga sólo lo necesario para que recapacite y vuelva hacia él, por eso afirma:

«Voy a impedir sus pasos con espinos, voy a cerrarle el camino para que no sepa cómo ir. Perseguiré inútilmente a sus amantes, trataré de encontrarlos, pero en vano. Entonces se dirá: Me volveré a juntar con mi marido, pues con él me iba mejor que ahora. Y yo la volveré a conquistar; la llevaré al desierto y allí le hablaré de amor» (2,9s.16).

El esposo no obliga a volver a su amada, pero una vez que vuelve a él, aunque sea por interés personal, no hay reproches, sino amor sin límites. Eso sí, la lleva al desierto, lejos de sus amantes, y allí "le habla de amor". Parece como si Yahvé siguiera aquel dicho popular, "donde no hay amor, pon amor y encontrarás amor" (Abrego de Lacy, 1993, p. 78).

Así pues, Yahvé, el esposo fiel, no se contenta con perdonar a su amada. Su amor es tal que llega a limpiarla, regenerarla y embellecerla todo lo posible, de modo que llegan a celebrar los dos unos nuevos desposorios, muy superiores a los primeros: «Yo te desposaré para siempre. Nuestro matrimonio será santo y formal, fundado en el amor y la ternura. Tú serás para mí una esposa fiel, y así conocerás quién es Yahvé» (2,21s).

Es interesante añadir si se puede hablar de una cumbre de la revelación del Antiguo Testamento, pues Dios da aquí un paso importante en la revelación de su modo de

ser. A Abrahán se le había presentado como capaz de dar numerosa descendencia a un par de ancianos estériles. A Moisés como libertador de oprimidos (Ex 3,12). Ahora, en un nuevo paso de revelación, Dios se presenta como capaz de convertir a una adúltera (a un pueblo idólatra) en esposa fiel, llena de amor y ternura. Esto es más difícil que conseguir que unos ancianos sean padres de un gran pueblo o que unos esclavos humillados tomen conciencia de su dignidad y consigan su liberación.

Por otro lado, para Sicre (1998), el mensaje de Oseas coincide en parte con la reflexión el de Amós. Por ejemplo, en la denuncia con las injusticias y de la corrupción reinante (4,1-2) y en la crítica al culto, por lo que tiene de superficial y falso. Ante todo, condena con enorme fuerza la idolatría, que se manifiesta en dos vertientes: cultural y política. La idolatría cultural consiste en la adoración de Baal, con sus ritos de fecundidad (4,12b-13; 7,14b;9,1), y en la adoración de los becerros de oro, instalados por Jeroboán I en el 931 a.C., cuando las tribus del norte se separaron de Judá. El becerro era un símbolo de la presencia de Dios, y en los primeros tiempos no planteó problema. Elías y Eliseo nunca criticaron su culto. Más tarde fue causa de grandes equívocos, ya que el pueblo identificaba a Yahvé con el toro, cayendo en un tipo de religión naturista.

Por otra parte, el culto a Baal supone la trasgresión del primer mandamiento, ya que Dios no tolera rivales; supone al mismo tiempo la confesión implícita de que Yahvé no es señor de la naturaleza, no puede ayudar y a salvar en todos los ámbitos de la vida. Para Sicre (2011), «la idolatría tiene para Oseas otra vertiente: la política. En una época de grandes convulsiones, cuando está en juego la subsistencia del país, los israelitas corren el peligro de buscar la salvación fuera de Dios, en las alianzas con Egipto y Asiria, las grandes potencias militares del momento» (p. 206). Otro elemento típico de la predicación de Oseas es su visión crítica del pasado. Las referencias a acontecimientos pretéritos de la historia de Israel son muy frecuentes. Se podría decir que Dios intenta salvar, pero encontrando siempre la oposición de su pueblo.

En definitiva, el mensaje ético del profeta Oseas se ve expresado a través de la experiencia personal, relación comunitaria, (pueblo), reconstrucción a partir del perdón o la reconciliación, la superación de la norma para actuar con responsabilidad, madurez y autonomía. Fidelidad, amor.

Lectura hermenéutica desde la ética: Aportes y vigencia de la profecía de Oseas

El mensaje de los profetas se caracteriza porque trasciende las fronteras geográficas y temporales que devela la naturaleza humana. Esta trascendencia se da en virtud que su mensaje se origina en la mente y el corazón de Yahvé, quien conoce

la esencia del ser. Por otra parte, las denuncias que hace el profeta están referidas a un determinado contexto histórico, de esta manera es legítimo trazar puentes de continuidad y de rupturas entre las diferentes épocas históricas y entre las manifestaciones de las diferentes culturas. Lo anterior confluye en el siguiente interrogante: ¿qué implicaciones éticas tiene esta lectura en la actualidad?

Para responder a la pregunta planteada se desarrollará una propuesta ética en relación con el libro de Oseas desde una trilogía que se ve reflejada en el mismo texto como son la violencia, la corrupción como raíz de la injusticia y tergiversación política, haciendo una mirada desde la perspectiva del profeta y la realidad colombiana.

Por ejemplo, la violencia ha sido impulsada por el comercio armamentista y las ambiciones económicas de algunos grupos, que a su vez conllevan a asesinatos de líderes, mentiras y perjurio de las clases dirigentes (4,2). La injusticia que es causa y a su vez consecuencia de la violencia, se manifiesta en la explotación e indiferencia social con los sectores desfavorecidos; las víctimas de estas realidades piden ser reconocidas, pero son reducidas al anonimato de la historia; el simple hecho de renacer sus experiencias es un aporte inicial para curar y sanar sus heridas (6, 1-2).

La corrupción es uno de los fenómenos más visibles de la sociedad colombiana. No solo se da en instituciones políticas, sino en la vida diaria. Engaños en contextos escolares o laborales se van ampliando a esferas gubernamentales. Si los dirigentes que orientan al pueblo no son un referente ético, ¿cómo pueden exigir que el pueblo cumpla sus responsabilidades cívicas? (8, 11-12).

Por su parte la idolatría, ya no se presenta en la actualidad en el plano religioso, pero se puede comparar con las dinámicas ofrecidas por el mundo globalizado centrado en el culto a la imagen, al individualismo y las ansias del poder (4, 12b-13), que se manifiestan principalmente en el consumismo y la cultura del descarté, entendida por el papa Francisco (2015) como exclusión y marginación de aquellos sectores que no benefician al sistema (L.S., 43). Además, para Mo Sung (1999), la economía neoliberal se ha convertido en un "nuevo altar"; donde la sociedad tiene que llevar no sólo ofrendas materiales sino humanas para mantener su estabilidad. Entonces, el progreso económico se ha logrado a costa del detrimento de la dignidad humana.

Oseas ha dejado muy claro que el imperativo ético y teológico que Dios pide de su pueblo es fundamentarse en él y en sus atributos de fidelidad y misericordia, los cuales unidos a la justicia, juicio, rectitud, honradez y compasión los lleven a conocer al Señor para vivir unas relaciones interpersonales firmes y estables.

Las anteriores reflexiones, que serán ampliadas a continuación, invitan a hacer una lectura de la actualidad a la luz del mensaje del profeta para hacer reconstrucción

de valores fundamentados en la triada ya mencionada y reconocer la importancia de un conocimiento relacional que se refleje en el amor en medio de sus relaciones interpersonales.

Violencia

Este panorama que se observa en el libro de Oseas tocante a la maldad y perversión del hombre por abandonar a Dios, no es tan distante de la realidad actual. Los efectos devastadores que vivió el pueblo de Israel del siglo VIII a.C. por la ausencia de Dios, también se observan actualmente en la sociedad y sus instituciones. En muchos sectores de la sociedad reina la corrupción, la injusticia, la ley de la muerte, el irrespeto a la vida, la desconfianza, el individualismo, el egoísmo, la mentira, la falta de amor y misericordia para con los demás, lo que lleva a la violencia concretada en robos, asesinatos y en vidas alejadas completamente de Dios (Acuña, 2016, p. 98).

En esta línea para Cruz Kronfly (1994) “el consumismo, el nihilismo y el hedonismo, entre otras, son características de la mentalidad postmoderna” (p. 44). Por ende, la suplantación de los valores y la ausencia de verdad absoluta en la sociedad postmoderna han llevado a la pérdida de toda valía del ser como ser, valorando a su vez el consumo de bienes y servicios, el placer propio e inmediato por encima de todo lo demás.

Desde lo político, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD] (2013) en su Informe Regional de Desarrollo Humano 2013-2014 sobre seguridad ciudadana plantea, que aunque América Latina muestra democracias más sólidas, economías más fuertes y estables, avances en la reducción de la pobreza y la desigualdad y mejoras en las áreas de salud, educación y esperanza de vida, es la región del mundo con mayor desigualdad y tiene un flanco débil y persistente que es la violencia, el crimen y la inseguridad con más de 100.000 homicidios por año llegando a convertirse en una epidemia con costos humanos y sociales muy elevados que impiden el desarrollo humano.

Aunque el PNUD (2013) considera que la seguridad ciudadana es una condición necesaria para el desarrollo humano y es una de las principales responsabilidades del Estado, se observa que América Latina sigue siendo vulnerable al delito y la violencia.

En Colombia, lamentablemente se habla de las principales expresiones del delito y la violencia que afectan a los ciudadanos que son: “el delito callejero, la delincuencia organizada, la violencia ejercida por y en contra de los jóvenes, la violencia de género, la violencia ilegal por parte de actores estatales y la corrupción.”Todas estas

formas de violencia generan inseguridad la cual está impactando tres dimensiones del desarrollo humano: la persona, el tejido social y las instituciones democráticas.

Por otra parte, el país lleva más de 50 años en confrontación armada, siendo los principales actores del conflicto armado grupos subversivos y fuerzas del Estado. Las modalidades de violencia política que más se dan en el territorio nacional son: homicidios, desapariciones forzadas, masacres, torturas, secuestros, reclutamiento forzado, detenciones arbitrarias, desplazamientos individuales y colectivos, amenazas individuales y colectivas, violencia sexual, ataques con artefactos explosivos a poblaciones y bienes civiles, minas antipersonas, asesinatos selectivos, entre otros, las cuales se constituyen en una violación a los derechos humanos e infracciones al Derecho Internacional Humanitario de individuos, familias y comunidades.

Al igual que en tiempos de Oseas, la injusticia, violencia y corrupción en que vive el hombre contemporáneo permiten observar la crisis de una sociedad sumida en sus propias contradicciones en cuanto a los principios y valores, que ha perdido todo fundamento y negado todo principio, en el que se imponen los intereses de la élite y los poderosos con crueldad sin límites y sevicia para sus cometidos (Acuña, 2016, p. 110).

En esta sociedad individualista, narcisista y hedonista, la alteridad ha sido subvalorada, porque el hombre ha abandonado al “absolutamente otro”, a Dios, perdiendo el fundamento y las bases como la verdad, la misericordia y el conocimiento de Dios. Esta pérdida lleva a la realidad que se vive hoy día, a una vida caracterizada por banalidad, injusticia, violencia y corrupción donde lo único que importa es el sujeto, su bienestar y placer.

Así como Oseas denunció la continua violencia sangrienta en medio del pueblo de Israel: “emplean la violencia y homicidios tras homicidios se suceden” (4,2). Colombia necesita profetas, que además de denunciar dicha problemática, propongan alternativas que lleven a la paz y convivencia, es decir, no sólo criticar las tragedias sino generar ambientes de esperanza.

La corrupción como raíz de la injusticia

El profeta Oseas se centró más en la injusticia que se dio a través de la corrupción y la violencia, cuyos mecanismos de opresión eran el fraude y la explotación. La corrupción es un flagelo que atormenta a la sociedad latinoamericana y colombiana. Ugaz (2010) afirma:

«En estos tiempos, la corrupción es considerada uno de los principales problemas del mundo contemporáneo. Hoy se sabe que ésta no solo acarrea serias consecuencias

éticas y morales, sino que genera graves distorsiones económicas, sociales y políticas, afectando la gobernabilidad de los países y poniendo en riesgo la viabilidad democrática de los estados» (p. 370).

Frente a lo precedente, los informes de organismos internacionales y nacionales lamentan que en el país se sigue viendo una Colombia altamente corrupta en la que predominan el prevaricato, el bajo nivel de transparencia, el cohecho, la malversación de recursos, el clientelismo, el enriquecimiento ilícito, la celebración indebida de contratos, etc.

Desafortunadamente este flagelo, ha penetrado, como un cáncer, en todas las áreas de la vida del hombre, afectando la salud, la educación, el desarrollo económico, la justicia y la paz. Desde las entidades públicas y privadas han sido permeados por este flagelo que deja ver el derrumbamiento moral, ético y social del hombre contemporáneo, incluso se ha convertido en un estilo de vida, como afirma el Papa Francisco (2014):

«Este flagelo se ha vuelto natural, al punto de llegar a constituir un estado personal y social ligado a la costumbre, una práctica habitual en las transacciones comerciales y financieras, en las contrataciones públicas, en cada negociación que implica a agentes del Estado. Es la victoria de la apariencia sobre la realidad y de la desfachatez impúdica sobre la discreción honorable».

En consecuencia, uno de los caminos para construir la paz, que tanto anhela Colombia, y tener justicia social es identificar y combatir los actos de corrupción que han formado parte de la vida del hombre y que impiden superar los altos niveles de desconfianza entre los actores públicos, privados y sociales. La Iglesia en esto desempeña una labor fundamental de veeduría social y formación política de los bautizados.

Tergiversación política

Oseas criticó vehementemente los gobernantes de su tiempo. Denunció una política externa frágil, dependiente e inestable. Usó una serie de imágenes para mostrar la falta de conciencia, el orgullo, y la arrogancia de sus dirigentes, los cuales le impidieron reconocer y buscar a Dios para retomar su camino, prefiriendo mezclarse con otras naciones (7, 8-12). Las tendencias en cuanto a las potencias: pro-Egipto, pro-asirios, anti-asirios, los llevaron a ejercer la violencia, asesinatos, homicidios, el cobro de onerosos impuestos, a luchas internas y guerras que trajeron como resultado la disminución de la población y del territorio. También reprochó el nombramiento de reyes sin contar con la voluntad divina, desconociendo la soberanía de Dios (8,4) (Acuña, 2016, p. 97).

Hoy no se vive una monarquía, pero si un sistema de democracia, en algunas los gobernantes se alejan de Dios; dirigiendo un país sin tener en cuenta la triada epistemológica de la justicia, el perdón y la paz. En cambio, buscan el poder y la seguridad en sus políticas gubernamentales y en los grandes sistemas económicos, como el capitalismo y el neoliberalismo, se aferran a los poderes del mundo, terminarán con sus fuerzas disminuidas y llevarán al país al declive ético. El desconocimiento de los valores sociales y políticos no puede menos que llevar a una vida de engaño, robo, despojo, intrigas, injusticia, violencia, corrupción e idolatría.

Uno de los peligros que se mantienen en la actualidad son los “mesianismos políticos,” derivados en su mayoría por los populismos. Cuyos discursos han instrumentalizado al pobre y la desigualdad social, ideologizando el nacionalismo usando la religión como pretexto ético. Dicha idolatría política favorece el mantenimiento de una clase política y la continuidad de las injusticias.

Así como el pueblo de Israel se extenuó por el perjurio, la mentira, el asesinato, el robo, el adulterio, la violencia y los continuos homicidios (4,2), también el pueblo colombiano está cansado de los secuestros, robos, violencia de todo tipo, corrupción, injusticia, que ha llevado a la desesperanza y al agotamiento emocional. Ante esta situación Oseas hizo un llamado urgente a volverse a Dios, pero ante todo asumir un compromiso social de testimonio frente a dichas contradicciones.

Conclusión

Al hacer el análisis comparativo del contexto del siglo VIII a.C. con la sociedad contemporánea se puede ver que el panorama de aquel entonces no es tan distante de la realidad actual. Cuando el pueblo abandona a Dios, Creador y Señor de la vida, y pierde sus fundamentos éticos, para cambiarlos en antivalores como perjurio, mentira, asesinato, robo, violencia y continuos homicidios, traducidos hoy en hedonismo, consumismo, nihilismo, egoísmo, individualismo, entre otros, termina en una decadencia espiritual, moral, social, y política que conducen a una sociedad fragmentada y confusa, caracterizada por injusticia, corrupción, violencia e idolatría, en la que predomina la desesperanza, la desolación y la destrucción (Acuña, 2016, p. 136).

Así como los profetas leyeron los signos de sus tiempos y encarnaron el dolor de Dios en sus propias vidas por causa del pecado del pueblo de Israel, también el cristiano está llamado a leer los signos de su tiempo, para que, como aquellos, encarne el mensaje divino y levante su voz con el propósito de exhortar al pueblo de Dios, la Iglesia, y aún a los que todavía no hacen parte de su pueblo, a buscar

un cambio de tal manera que vivan de acuerdo a la voluntad divina: en fidelidad, misericordia y conocimiento de Dios.

Israel se alejó de Dios y fue llevado a la destrucción, de igual manera cuando el hombre se aleja de Dios y de Jesucristo, no permanece en comunión con él, tiene una vida vacía, como dice Jesús en Juan 15,5, "separados de mí nada pueden hacer"; de allí el insistente llamado a "permanecer en él"; quien es el único cimiento de la vida del ser humano y de la sociedad.

En definitiva, la predicación de Oseas estuvo enfocada en el pacto de amor y fidelidad de Dios, por eso hizo un incesante llamado a Israel para volverse a él, pero su clamor no fue acogido del todo. Esta proclamación sigue siendo pertinente para el siglo XXI, aunque en primera instancia está dirigida al pueblo de Israel, pero a su vez trasciende en el tiempo y el espacio, pues Dios es autor de la profecía bíblica, es Señor de la historia, y como tal continúa interpelando a la sociedad, que en ocasiones trasmuta y legitima antivalores como si fueran virtudes. Por eso esta reflexión, lleva a que el lector pueda hacer una interpelación ética como lo hizo el profeta Oseas, para así consolidar la justicia, el perdón y la paz.

Referencias bibliográficas

- Abrego de Lacy, J. (1993). *Los libros proféticos*. Estella - Navarra: Verbo Divino.
- Acuña, F. A. (2016). *Análisis exegético de Oseas 4, 1-3 a partir de la triada epistemológica ĖMET, ĤESED, DAAT ĖLOIM*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Álvarez Valdés, A. (2001). *Diez lecciones bíblicas*. Bogotá: Minuto de Dios.
- Buck, F. (1991). Introducción a Oseas. En AA.VV., *La sagrada escritura: Textos y comentarios Antiguo Testamento*. Madrid: BAC.
- Cruz Kronfly, F. (1994). *La sombrilla planetaria: ensayos sobre Modernidad y Postmodernidad en la cultura*. Bogotá: Planeta.
- Francisco, P. (23 de octubre de 2014). *Discurso: La corrupción es un mal más grande que el pecado*. Obtenido de Aciprensa: <https://www.aciprensa.com/noticias/papa-francisco-la-corrupcion-es-un-mal-mas-grande-que-el-pecado-34503>
- Francisco, P. (2015). *Encíclica Laudato Sí*. Bogotá: San Pablo.
- Mo Sung, J. (1999). *Deseo, mercado y religión*. Santander: Sal Terrae.
- Monloubou, L. (1991). *Profetismo y profetas*. Madrid: Ediciones Fax.

- Pontificia Comisión Bíblica. (2008). *Biblia y moral: Raíces bíblicas del comportamiento cristiano*. Madrid: BAC.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo - PNUD . (2013). *PNUD América Latina y el Caribe*. Obtenido de Informe Regional de Desarrollo Humano 2013-2014. Seguridad ciudadana con rostro humano: diagnóstico y propuestas para América Latina.: http://www.latinamerica.undp.org/content/rblac/es/home/library/human_development/informe-regionalde-desarrollo-humano2013-2014-.html
- Schökel, L. A. (1987). *Profetas. Comentario II*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Sicre, J. L. (1984). *Con los pobres de la tierra: la justicia social en los profetas de Israel*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Sicre, J. L. (1998). *Profetismo en Israel*. Estella - Navarra: Verbo Divino.
- Sicre, J. L. (2011). *Introducción al profetismo bíblico*. Estella - Navarra: Verbo Divino.
- Ugaz Sánchez-Moreno, J. C. (2010). Algunos apuntes sobre la corrupción. (P. U. Perú, Ed.) *Ius et veritas*(40), 370-379. Obtenido de <http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/iusetveritas/article/view/12160>